

El Mandato de Dios Cumplido

Un sermón sobre Jonás 3:1, 2

Por Rev. A. Moerkerken (sermón 4 de 6 en esta serie)

Lectura bíblica: Jonás 3

Salterio 318: 1, 2

241: 1, 2, 3, 8

222: 6, 7, 8

216: 3, 4

INTRODUCCIÓN

Queridos amigos, leemos la promesa de Dios en Salmos 89:34: “*No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios.*” ¡Qué consuelo es para el pueblo de Dios el hecho de que Él nunca cambia, y siempre cumple lo que ha dicho! A pesar de *todos* los pecados y las flaquezas de Su pueblo, Dios seguirá fiel a Su Palabra y Su promesa. Escuchemos lo que dice el Señor al respecto en Isaías 54:10: “*Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apurará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti*”. La gran pregunta para todos nosotros, entonces, es: ¿Alguna vez habló Dios así a *mi* alma? Nosotros podemos decir muchas cosas al Señor, pero lo importante es lo que nos ha dicho Jehová a *nosotros*. Es una gran bendición oír de Dios la promesa de que Su misericordia no cambiará nunca para con nosotros.

No obstante, y a pesar de la bondad y fidelidad de Dios, Él tiene que castigar el pecado. En Salmos 89:32, justo antes de la promesa que hemos leído arriba, ahora leemos: “*Si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos, Entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades*”. Las demandas de Dios sí permanecen, e igual que Su misericordia, tampoco cambiará Su *justicia* jamás. El mandato de Dios tiene que ser cumplido.

Esta mañana vamos a considerar este tema en la vida de Jonás, y veremos que cuando Dios manda algo, siempre se cumple. Las palabras de nuestro texto para hoy se encuentran en Jonás 3, los versículos 1 y 2, donde leemos: “*Vino palabra de Jehová por segunda vez a Jonás, diciendo: Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré*”. En este capítulo vamos a considerar:

EL MANDATO DE DIOS CUMPLIDO

Vamos a considerar tres pensamientos principales:

- 1. El arrepentimiento de Jonás;**
- 2. El arrepentimiento de Nínive; y**

3. El arrepentimiento de Dios.

PRIMER PENSAMIENTO

Amigos, cuando leemos las palabras de nuestro texto, es como si pudiéramos leer de nuevo lo que hemos leído en Salmos 89:34: “*No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios.*” Dios ha mandado que Su siervo Jonás fuera a Nínive, y sí, Jonás irá a aquella ciudad.

Ustedes recordarán del último mensaje que el gran pez que había tragado a Jonás lo había vomitado en tierra seca. Miren lo que queda de Jonás, el siervo de Dios: ¡él no es más que el “vómito” de un pez! Ahora bien, ¿pudo Jonás volver a su casa después de esa experiencia que había tenido dentro del vientre del pez? ¿Pudo ir a su casa, al menos para hablar sobre la gran bendición que él había recibido dentro del pez? La respuesta es: ¡No! El mandato de Dios aún quedaba, y Dios no iba a enviar un reemplazante. Al contrario; el hombre tiene que cumplir lo que Dios le manda en su vida.

Es así que leemos en versículo 2 las palabras otra vez: “*Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad*”. Estas palabras no sólo demuestran que el mandato de Dios quedó vigente, sino que también demuestran la gran bondad de Dios al decirle a Jonás estas palabras de nuevo. No habría sido injusto si Dios le hubiera dicho a Jonás: “*Ya no puedes ser profeta más; no te puedo emplear en mi servicio, y voy a buscar a otro que me obedezca*”. Sin embargo, leemos el contrario; Dios le envía a Jonás *otra vez*. Jonás fue reinstalado a su oficio después de ser “reconfirmado” en el estado de gracia dentro del vientre el pez. El caso es igual que el de Simón Pedro, quien negó a Su Maestro Jesucristo. En Lucas 24:34 leemos: “*Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón*”. Amigos, por más que haya sido una bendición que el Señor apareció a Simón, esto no había resuelto el asunto todavía entre él y el Señor a Quien había blasfemado. ¡No! Luego, en el mar de Tiberio, leemos que Pedro fue oficialmente reinstalado a su oficio, cuando Jesús le dijo: “*Apacienta mis corderos;... apacienta mis ovejas*” (Juan 21:15, 17).

“*Levántate, y ve a Nínive, aquella gran ciudad*”. Miren, queridos amigos: el mandato de Dios no sólo era lo mismo, ¡sino que también no era menos difícil que antes! Sin embargo, esta vez hubo una gran diferencia: por medio de la gran aflicción que había experimentado Jonás, Dios hizo que Jonás fuera *obediente* al mandato de Dios. Qué bendición más grande cuando el hombre no se pone rebelde y amargo

bajo la aflicción, sino que se vuelve humilde y obediente. Recuerden las palabras de David, el Salmista: *“Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra”* (Salmos 119:67).

Entonces leemos que *“se levantó Jonás, y fue a Nínive conforme a la palabra de Jehová”* (v. 3). Ahí vemos a Jonás salir de viaje una vez más, esta vez rumbo a Nínive. Para llegar a Nínive Jonás tenía que viajar por medio de miles de kilómetros de desierto. No leemos nada de este viaje, pero solamente leemos que sí Jonás llegó a la gran ciudad Nínive.

Los hallazgos arqueológicos han comprobado que una vez Nínive era una ciudad sumamente grande. La Palabra de Dios nos dice que *“era Nínive ciudad grande en extremo, de tres días de camino”*. Esto quiere decir que el viaje de un lado de la ciudad hasta el otro extremo de ella fue un viaje de tres días de pie. Los arqueólogos han descubierto más de mil quinientos torres que existían en la ciudad de Nínive hace muchos años. La ciudad también tenía muros sumamente anchos. Así que debemos tratar de imaginar la grandeza de esta ciudad, y allí vemos al profeta Jonás llegando a esta enorme ciudad.

Ahí va Jonás, entrando por las puertas de aquella gran ciudad Nínive, de la cual leemos en Jonás 4:11: *“...donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda”*. Esto quiere decir que había más de ciento veinte mil **bebés** en Nínive, ni hablar de los niños mayores y los adultos. Miles y miles de paganos vivían en esta gran ciudad, y no había siquiera uno con el temor de Dios en su corazón. Jonás estaba sólo en cuanto al temor de Jehová; no había ni siquiera una persona con quien podía charlar sobre las cosas de Dios. Oh, ¡si tan solo hubiera apenas uno! Pablo tenía Silas para acompañarlo en sus viajes, y cuando los dos fueron echados en la cárcel, por lo menos podían consolarse y animarse entre sí. Sin embargo, Jonás no tenía nadie que le pudiera animar, con quien pudiera charlar. Ahora este mismo Jonás, que en sí mismo no era más que “polvo y ceniza” (Gén. 18:27), ya tenía que entrar por la ciudad y comenzar a predicar en ella. En el idioma original de la Biblia, nos dice que Jonás no sólo tenía que predicar, sino que tenía que pregonar y clamar con una gran voz. El trabajo de Jonás no era el de acercarse a una persona por ahí que se veía accesible y amable para hablarle a solas; al contrario, él tenía que predicar, y proclamar a gran voz en medio de las calles con el mensaje de Dios.

Jehová le había dicho a Jonás: “*Proclama en ella el mensaje que yo te diré*”. Amigos, el Señor les dice esto a *todos* Sus siervos, hasta el día de hoy. Dondequiera que vayan los pastores, una persona quiere oír más sobre *esto*, y otra persona quiere oír más de *aquello*; uno quiere que el énfasis de la predicación sea *esto*, mientras el otro quiere que el énfasis sea *aquello*. Si los siervos de Dios tuvieran que hacer caso a lo que quiere la gente, entonces serían muy variables en sus mensajes. Sin embargo, el Señor les dice: “Proclama el mensaje que **yo te diré**”. El Señor sabía exactamente el mensaje que necesitaba Nínive, tal como Él sabe exactamente el mensaje que necesita cada congregación del rebaño de Dios.

¿Fue el mensaje para Nínive: “Pueden ser salvos todavía”? ¡No! Esta gente no sabía que tenía que ser convertido. ¿Fue el mensaje: “Pueblo de Nínive, hay un Dios bondadoso en el cielo”? ¡De ninguna manera! El mensaje de Jonás tenía que ser el mensaje que Dios le diría. Entonces veremos a Jonás entrar por la ciudad camino de un día, y luego comienza a predicar el mensaje que Dios le dio: “*De aquí a cuarenta días Nínive será destruida*”. ¿Piensan que estas fueran las únicas palabras de su mensaje, amigos? Bueno, la Biblia no nos dice nada más, y podemos creer que este fue el **tema** de todo su mensaje. En su comentario, Juan Calvino afirma que seguramente Jonás les decía a los ninivitas **por qué** iba a ser destruida la ciudad, pues los siervos de Dios no sólo proclaman la justicia y los juicios de Dios, sino que también explican el *motivo* de los juicios de Dios: ¡el pecado! Por esto podemos creer que Jonás les predicaba la Ley de Dios, y les dio a conocer su gran estado pecaminoso ante Dios.

“*De aquí a cuarenta días Nínive será destruida*”. Tal vez alguien dirá esta mañana: “Esta es una predicación muy parcial, pues no se escucha nada del Evangelio, sino sola la Ley. No es una predicación equilibrada que habla tanto de la Ley como del Evangelio”. No obstante, amigos, no leo que los ninivitas hicieran este reclamo. ¡Al contrario! Este pueblo se humilló ante la predicación de la Palabra de Dios, y ante el mensaje que el siervo de Dios les llevaba. Querida congregación, ¡espero que ustedes hagan lo mismo! No se pongan por encima de los siervos de Dios, criticándolos por haber predicado de esta manera u de otra manera. Bien yo sé que los siervos de Dios no son más que herramientas en las manos de Dios, y que tienen muchas fallas. Incluso podríamos hablar de esto en cuanto a Jonás mismo. No

obstante, es nuestro deber humillarse ante la predicación de la Palabra de Dios, orando que Dios nos enseñe a postrarnos delante de Él y la predicación de Su Palabra. Queridos amigos, aquí podríamos aprender algo de los ninivitas, que no criticaron al siervo de Dios, sino que se humillaron ante Dios y el mensaje que Su siervo predicaba.

Sin embargo, ¿es cierto que esta predicación era “desequilibrada” y “parcial”? ¡No! Si Jonás solamente hubiera dicho: “Esta noche Nínive será destruida”, ahora sí no hubiera habido oportunidad de arrepentirse. Sin embargo, escuchemos bien las palabras de Jonás: “***De aquí a cuarenta días Nínive será destruida***”. Queridos amigos, durante aquellos cuarenta días había la posibilidad y la oportunidad del arrepentimiento y del perdón. ¡Cuarenta días! Había tiempo suficiente para que cada persona de la ciudad, hasta el más pequeño, oyera el mensaje de Jonás. Los habitantes de Nínive recibieron tiempo suficiente para que hasta la persona que vivía en la parte más lejos de la ciudad nunca podría decir: “No lo sabía”.

En nuestro pensamiento vamos a ver la reacción de los ninivitas, y veremos ***el arrepentimiento de Nínive***”.

SEGUNDO PENSAMIENTO

En el versículo 5 de nuestro capítulo leemos: “*Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos*”.

Congregación, imagínense por un momento que un siervo de Dios caminara por las calles de Santa Cruz, y que proclamara el mensaje: “De aquí a cuarenta días Santa Cruz será destruida”. ¿Qué piensan ustedes que sería el resultado de esta predicación? Yo creo que por un tiempo la gente se burlaría del predicador, pero lo toleraría, hasta que por fin no aguantaría más, y lo echaría fuera de la ciudad. Igual que Nínive, Santa Cruz es una ciudad llena de pecado, y hay lugar para todo en este mundo pecaminoso menos para la Palabra de Dios y los mandamientos que contiene.

Sin embargo, ¡miren lo milagroso que ocurrió en Nínive! Los ninivitas *creyeron* el mensaje de Jonás. Se detuvieron al oír el mensaje, y las palabras del siervo de Dios les causaban muchísima preocupación.

Leemos que incluso se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos. Quiere decir que hasta los niños se impresionaron al escuchar el mensaje que tenían que morir, y que la ciudad sería destruida. Debe haber sido un panorama muy maravilloso: los mayores andaban por las calles llorando, y abandonaron los lugares de pecado por completo. En cada casa se oyó el clamor que se levantaba hasta el cielo: “Oh Dios, ¡salva nuestra ciudad!” Había mucho fruto del mensaje de Jonás.

El mensaje de Jonás alcanzó hasta el mismo rey de Nínive, el líder del pueblo. Normalmente los reyes, presidentes y otros líderes son muy duros y ni toman tiempo para escuchar el mensaje de Dios; pero aquí leemos que *“llegó la noticia hasta el rey de Nínive y se levantó de su silla, se despojó de su vestido, y se cubrió de cilicio y se sentó sobre ceniza. E hizo proclamar y anunciar en Nínive, por mandato del rey y de sus grandes, diciendo: Hombres y animales, bueyes y ovejas, no gusten cosa alguna; no se les dé alimento, ni beban agua, sino cúbranse de cilicio hombres y animales, y clamen a Dios fuertemente; y conviértase cada uno de su mal camino, de la rapiña que hay en sus manos”* (v. 6-8).

Oh amigos, ¡si tan solo *nuestro* gobierno diera tan bueno ejemplo para sus ciudadanos! Leemos que incluido en el decreto del rey fue el mensaje: *“¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá dios, y se apartará del ardor de su ira, y no perecemos?”* (v. 9). ¡Qué panorama más conmovedor habría sido esto en la ciudad de Nínive! Los lugares de pecado y de maldad fueron abandonados; tanto los jóvenes como los adultos dejaron los lugares de recreo y deporte, y solamente se oía el clamor de todos que ascendía hasta el Dios del los cielos y de la tierra.

Ahora bien, ¿qué debemos decir acerca de la “conversión” de los ninivitas? ¿Fue el arrepentimiento verdadero y la obra salvadora en el corazón, o será que solamente ***aparentaba o parecía*** ser así? Tenemos que hablar con mucho cuidado, porque nunca podemos decir que no había nadie entre los ninivitas que haya sido convertido verdaderamente. Sin embargo, el Señor no nos revela esto en Su Palabra, y los acontecimientos de este capítulo nos dan a pensar que no fue la *verdadera* conversión. ¿Cómo debemos explicar esta clase de conversión, entonces? ¿Debemos decir que solamente había la *apariencia* de la conversión? No, tampoco debemos decir eso. Esta gente era sincera en su preocupación, porque sus

consciencias les hablaban muy fuerte, y sus corazones les condenaban. No obstante, podemos decirlo tal como se expresa en Oseas 6:4: “*La piedad vuestra es como nube de mañana, y como el rocío de la madrugada que desvanece*”. El temor de los ninivitas fue un temor temporal, y se olvidaron de ello cuando habían pasado los cuarenta días.

Esto nos demuestra muy claramente lo que es la fe temporal y las señales con que se distingue. En el versículo 5 leemos que “los hombres de Nínive creyeron a Dios”. No leemos que hayan creído en Dios, sino “a Dios”. ¿Acaso hay una diferencia?, dirá alguien. ¿Hay una diferencia entre “creer a Dios” y “creer en Dios”? Sí, queridos amigos, ¡hay una gran diferencia! El “creer a Dios” quiere decir que creemos que la Palabra de Dios es la verdad, y que seguramente se cumplirá lo que dice Dios. Todos los que tienen la fe temporal y la fe histórica creen esto, y así es que los mismos ninivitas creyeron a Dios.

¿Qué quiere decir “creer en Dios”, entonces? Al pecador le es dado creer en Dios cuando recibe una impresión en su corazón de las virtudes y los perfectos atributos de Dios. Y, eso es lo que no experimentaron los ninivitas. La única cosa que les provocó tanto miedo fue el *castigo* de Dios, y no la justicia perfecta de Dios. He conocido a ciertas personas que se criaron dentro de familias muy religiosas que siempre asistían la iglesia, pero luego esas personas dejaron la iglesia por completo. Cuando les he preguntado: “¿Creen que solamente hay dos clases de personas, los salvos y los no salvos?, me responden “Sí, lo creemos”. Es más, cuando les preguntaba dónde pasarían la eternidad ellos mismos, se han atrevido a decirme: “Vamos a la perdición”. ¿Entienden a lo que voy, amigos? Estas personas sí creyeron a Dios, pero nunca han creído en Dios.

Así que los ninivitas creyeron a Dios y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos. Piensen ustedes en el terror que le sobrevino a esta gente con el paso de cada día. Pasaron veinte días, y Jonás seguía predicando. Pasaron treinta días.....luego treinta y cinco días. Por fin llegó el día cuarenta. ¡Cuánto miedo habría, y qué angustia se habría experimentado por parte de los ninivitas! No se olviden, amigos, que incluso en Nínive la historia de Sodoma y Gomorra y su gran destrucción fue muy conocida, así que los ninivitas sabían lo que les iba a pasar. Amaneció el día

cuarenta, y seguramente había un fuerte clamor en Nínive. Pasó la mañana, y luego la tarde, y comenzó a ponerse el sol. Y, dentro de poco.... ¡el día cuarenta terminó, sin pasar nada!

Sin embargo, amigos, no leemos que los ninivitas confesaron su gran culpa delante de Dios, ni leemos que hayan dicho: “*Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados*” (Salmos 103:8-10). ¡Al contrario! Poco a poco los ninivitas volvieron a sus pecados, y unos 150 años más tarde, en el año 612 antes de Cristo, Nínive sí fue destruida por los ejércitos del rey Nabucodonosor. Al final se llevó a cabo el juicio de Dios.

Queridos amigos, en esta historia podemos ver la gran diferencia que hay entre la obra verdadera de la conversión y lo que *parece* ser la obra verdadera pero no lo es. Con este mensaje, cada uno de nosotros debemos examinarnos a *nosotros* mismos. Los ninivitas tenían miedo del castigo de Dios, pero su pecado en sí no fue lo que les causó angustia a los habitantes de Nínive.

¿Cómo es el caso con *tu* vida, amigo mío? ¿Tienes miedo del castigo de Dios? Eso sí se entiende, especialmente cuando uno se hace muy mayor y se pone enfermo, y ya sabe que pronto tendrá que comparecer ante el juicio de Dios. ¿Te habla tu consciencia, amigo mío? O, ¿conoces una tristeza verdadera por haber ofendido a un Dios tan bueno y misericordioso? La obra que *aparenta* ser la obra verdadera sólo teme el castigo, pero no huye del pecado. Sin embargo, si es la obra verdadera de la conversión en el corazón, el Señor también obra en el corazón la gran necesidad de ser *reconciliado* con Dios. El Señor hace que Su pueblo se dé cuenta de la gran necesidad de un Fiador, porque el pecador convencido se da cuenta de que tiene que haber pago por el pecado.

Este capítulo nos cuenta mucho sobre los ninivitas, y sobre su angustia, y cómo dejaron sus caminos de pecado por un tiempo. No obstante, si hablan con un verdadero hijo de Dios, él les dirá que la preocupación más grande no es el infierno o el cielo, y su oración más fuerte no es que Dios les quite el castigo merecido. ¡No! Hasta el más pequeño y menos establecido de los hijos de Dios puede humillarse

ante Dios y estar de acuerdo con el castigo que se merece. No leemos de un solo ninivita que haya dicho: “El Señor es justo y bueno en todos Sus caminos; y es verdad que merecemos la muerte física y eterna”. Amigos, la verdadera obra de Dios se revela cuando el pecador está de acuerdo con la justicia y los juicios de Dios, y cuando nace un hambre y una sed de la redención que ha obrado el Señor Jesucristo para un pueblo que no puede salvarse a sí mismo.

En nuestro tercer pensamiento, vamos a considerar *el arrepentimiento de Dios*, pero primeramente vamos a cantar **del Salterio 222, las estrofas 6, 7, y 8**.

TERCER PENSAMIENTO

Leemos en el versículo 10 de nuestro capítulo: “*Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino, y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo*”. Así leemos acerca del arrepentimiento de Dios.

¿Qué se quiere decir con el “arrepentimiento de Dios”? Incluso Balaam, un profeta malo, había dicho en Número 23:19: “*Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?*” Queridos amigos, el arrepentimiento de Dios *no* es un cambio en su Ser ni en Su voluntad, sino en Su *obra*. En el decreto solemne de Dios, Nínive aún no iba a ser destruida....todavía. En Jeremías 18:7 y 8 leemos: “*En un instante hablaré contera pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles*”.

En otros lugares en la Biblia también leemos acerca del “arrepentimiento” de Dios. “*Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón*”. (Gén. 6:6) “*Y Jehová se arrepintió de haber puesto a Saúl por rey sobre Israel*” (1 Sam. 15:35). Esto se refiere a un cambio en las *obras* de Dios, pero no un cambio en Su voluntad. Cuando leemos acerca de Nínive que Dios “*se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo*”, esto quiere decir que por el momento el Señor quitó la mano de Su justicia, y así postergó la destrucción de Nínive por algunos años más.

Leemos que “*no lo hizo*”. Oh congregación, ¿acaso no debemos poner nuestras vidas a lado de estas palabras? ¿Qué merecemos *nosotros*? ¿Hay algunas personas en medio de la iglesia hoy quienes han aprendido de verdad lo que merecen? Cuando el Señor hace que un pecador sea honesto consigo mismo, llega a ser un milagro eterno el hecho de que todavía estemos en la tierra con vida. “*Y no lo hizo*”. Niños, jóvenes y adultos, ¿por cuánto tiempo han andado ustedes en el camino de pecado? Tal vez tú vives de una manera intachable ante los ojos del mundo, pero el problema no es la vida externa, sino la fuente de maldad que vive adentro. Oh mi amigo no salvo, ¿por cuánto tiempo seguirás manteniéndote en el trono de tus propias justicias y buenas obras? El gran “yo” tiene que bajar del trono, para que Dios tenga el lugar que merece en Su trono. Esto es algo que jamás será el fruto de nuestras obras, nunca jamás.

“*Y no lo hizo*”. ¿Cuántas veces ya ha sido Dios misericordioso para contigo? Tal vez te ha ocurrido hasta miles de veces. Una vez estabas muy enfermo, y te dejó sanar; otra vez estuviste en un accidente, y te dejó con vida. Durante la semana pasada miles han muerto en incendios, accidentes, y toda clase de siniestros, pero acerca de ti se puede decir todavía: “*Y no lo hizo*”.

Queridos amigos, hoy hemos escuchado que no era la conversión verdadera con los ninivitas. Sin embargo, escuchemos lo que nos enseña el Señor Jesucristo en el Nuevo Testamento cuando se dirigió a los religiosos de Jerusalén: “*Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán, porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar*” (Mt. 12:41). Así es Señor Jesús nos dice: “Aunque era una conversión externa, los ninivitas sí se arrepintieron de sus malos caminos al escuchar la predicación de Jonás; hubo fruto y consecuencias después de la predicación de Jonás”.

Ahora Jesús nos dice aún: “*He aquí más que Jonás en este lugar*”. Jesús nos ha traído un mensaje muy distinto al de Jonás; en cambio de decir que de aquí a cuarenta días la ciudad será destruida, Jesús nos dice: “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*” (Mt. 11:28, 29) Pero amigo mío, ¡tú no te has arrepentido todavía! Queridos amigos,

¿cómo sería si solamente les predicáramos el mensaje de Jonás, diciéndoles que se van a perder para siempre si mueren tal como nacieron? Sin embargo, el Jonás Mayor predica en medio de nosotros a través de Su Palabra, y Él no sólo ha predicado la Ley, sino que también les presenta el Evangelio.

“He aquí más que Jonás en este lugar”. ¿Será que los ninivitas tengan que levantarse en el juicio con *nosotros*? Los ninivitas se arrepintieron, aunque era una conversión externa. Sin embargo, para muchos de ustedes, ¿ni siquiera se han convertido de una manera externa de los caminos del pecado! ¿Alguna vez te ha sucedido que tu consciencia te habló muy fuerte después de oír el mensaje de Dios, y que tenías que dejar el camino de pecado? O, ¿te es fácil simplemente seguir en los caminos malos sin pensar dos veces? ¡Qué terrible para ti si es así!

Congregación, pongamos nuestro corazón al lado del corazón de los ninivitas. Les aseguro que será más tolerable para los de Nínive que para ustedes si no se arrepienten. Pocas veces se oye de la obra de Dios en medio de nosotros últimamente, pero ¡no es la culpa de Dios! Ni se oye de lo que ocurrió con los ninivitas, que una persona haya dejado el mundo y sus placeres y que tiene miedo de los juicios de Dios. Oh amigos, consideremos la longanimidad de Dios para con nosotros, porque también se puede decir que en cuanto a nuestra destrucción merecida, Dios *“no lo hizo”* todavía. Oramos que la bondad de Dios les lleve a ustedes y a mí a la conversión verdadera como pecadores humildes a los pies de Jesús, sea por la primera vez o de nuevo para los que ya conocen a Dios....Amén.